

El poder simbólico del Nobel

Por Josepha Laroche

Traducción: Daniel Del Castillo

En su testamento del 27 de noviembre de 1895, el industrial Alfred Nobel labró las bases de un sistema internacional de gratificaciones decididamente pacifista y cosmopolita. Su intención era que este dispositivo tuviera como objeto reorganizar racionalmente el escenario mundial, reconciliando la ética y la política. Incluyendo inicialmente cinco premios, este modelo sin igual en materia de prestigio y autoridad, no ha cesado de influenciar al mundo.

Un proyecto para toda la humanidad

La Real Academia de las Ciencias de Suecia atribuye cada año, desde 1901, los premios de física y química, mientras que el instituto Karolinska concede aquel de fisiología-medicina, y que la Academia de Estocolmo entrega el de literatura. Finalmente, al mismo tiempo, un comité que emana del Storting – el parlamento noruego – recompensa en Oslo a una personalidad o un organismo que obró particularmente a favor de la paz.

Frente a la preferencia acordada a estas áreas científicas, las matemáticas parecen ser el objeto de un ostracismo injustificado. Pero, según la visión del magnate sueco, esta ciencia no permitía aplicaciones concretas que fueran rápidamente beneficiosas para *"la humanidad"*¹. De hecho, con la finalidad de perpetuar, lo más fielmente posible aún hoy en día ésta preocupación del donador, en 1968, el Banco de Suecia creó – con ocasión de sus trescientos años y a la memoria de Alfred Nobel – el sexto premio: Economía. Atribuido desde 1969, siempre se presenta de una manera particular, puesto que es el único Nobel que consagra una Ciencia Social. Incluso, representa hasta hoy la singular distinción, internacionalmente determinante, en este campo de la investigación. A parte de querer suplir una laguna del testamento, ¿Porqué buscar realzar su prestigio a nivel internacional?

En los años sesenta de fuerte crecimiento económico, esta decisión indica el reconocimiento de dos atributos al Nobel de Economía: rigurosas matemáticas asociadas con una utilidad social inmediata. Además, su promoción testifica la presencia de una visión optimista de lo social. Desde entonces, investida del poder de contribuir directamente en la toma de decisión política, la ciencia económica parecía susceptible de beneficiar a *"la humanidad entera"*², realizando así los deseos de Nobel.

1 Ver el testamento incluido en mi libro.

2 *Ibid.*

De la atribución al tatuaje institucional

Como maestra de ceremonias, la Fundación Nobel determina las condiciones de tiempo y lugar de todas las designaciones³. Todos los 10 de diciembre – día del aniversario del fallecimiento de Alfred Nobel – desde 1901, se observa el mismo ceremonial, prueba de su sacralidad. El Rey y la Reina de Suecia, con todos los cuerpos reales constituidos, los representantes diplomáticos de numerosos Estados, todos los notables suecos además de cientos de invitados en traje de ceremonia, se encuentran reunidos. El mismo día, se despliega en Oslo un escenario idéntico para la entrega del Nobel de la Paz. En el transcurso de este evento, la institución consagra, ciertamente, un *cursus honorum*, pero sobre todo convierte al enzarzado en un embajador de la excelencia y la concordia. Ser elegido Nobel equivale a entrar en una orden, esto supone siempre también aceptar la rotulación –el tatuaje institucional– que certifica conformemente al enzarzado.

El premio tiene un aspecto oprimente que es lo menos visible de éste. No obstante, ejerce una fuerte violencia simbólica sobre sus beneficiarios. La sujeción a gestos precisos durante el ceremonial, y sobre todo el mandato implícito de encarnar la *Ley Nobel*, los coacciona imperiosamente. Todo acontece como si durante el rito confirmativo tuviera lugar un rito de pasaje y de llamado al orden, al término del cual los laureados son enzarzados por la institución. Frecuentemente silenciadas, incluso inconfesables, las dificultades frente a las cargas impuestas por su estatus pesan sobre sus vidas. Frente a tal imposición de rol, ciertos Nobel sufren por el trofeo. Marcados, incluso tiranizados por los efectos sociales del premio, algunos le imputan la alteración de su identidad; sus trabajos y trayectoria personal se ven frecuentemente afectados. Finalmente, la carga del triunfo se mantiene como el aspecto escondido de su gloria y la manera de acomodarse a su nuevo estatus siempre resulta ambivalente: sin dejar de respetar el valor del premio, los laureados lo niegan públicamente.

Ciertamente, ellos forman una élite del conocimiento y del poder simbólico, pero recordemos que esta membrecía remite a un fundamento social muy bien definido.

Una casta de la excelencia

Existen numerosas relaciones entre los Nobel que nos inducen a evocar la existencia de una *casta endogámica*. En efecto, los premios consagran el resultado de un proceso social de selección, formación y socialización en las redes más eminentes de la investigación, las letras y del campo político. Recalquemos primero que todo el universo sociocultural común, seguido de los mismos espacios de formación y aprendizaje de la investigación, finalmente los mismos y los mejores maestros. En lo que a las ciencias concierne, retengamos toda la dimensión social del acto pedagógico, así como el peso determinante de la institución al interior de la cual éste se lleva a cabo. Los estudiantes escogen por ejemplo tanto a sus maestros como sus laboratorios, de igual modo que éstos últimos seleccionan sus futuros colaboradores y

3. 50% de su capital se encuentra invertido en acciones y 20% en obligaciones. En cuanto al 30% restante, se trata de fondos alternativos y bienes inmobiliarios. Este acuerdo permite dotar cada premio de aproximadamente un millón de euros.

sucesores. Si bien los aprendices se sienten halagados de contar con maestros Nobel, éstos se enorgullecen igualmente al descubrir y formar los elegidos del mañana. Naturalmente, esta lógica se inscribe en la violencia de las luchas competitivas entre individuos, organizaciones y Estados, con el fin de unirse a la *horda de eruditos de los Nobel*.

El radicalismo de la diplomacia Nobel

La política de atribución se esfuerza desde hace más de un siglo por represar la *brutalización del mundo*⁴. Se encuentra entonces al origen mismo de una diplomacia coherente a través de la cual el sistema Nobel interviene globalmente en el escenario mundial, con el fin de imponer valores irreductibles como la libertad. En este sentido, la institución y sus laureados se consideran como los más sólidos defensores de los Derechos Humanos frente a la Razón de Estado. Al afirmarse como un poder universal de crítica, intervienen cada vez más en la escena internacional, ya sea que se trate de abordar temas sociales, o tratar directamente cuestiones políticas. Al realizar esto, los laureados no dudan en interponerse en los asuntos internos de los Estados, o implicarse en ajustes de cuentas internacionales. Despliegan entonces sus acciones a todos los niveles con el fin de promover una política que etiquetan en nombre del conocimiento o de los bienes comunes, de los cuales ellos se han autoproclamado sus guardianes.

⁴ Sobre la explicación de este concepto, consulte: Josepha Laroche, *La Brutalisation du monde, du retrait des États à la décivilisation*, Montréal, Liber, 2012.